# ORAR EN EL MUNDO OBRERO

## Triduo Pascual (9-10-11 de abril de 2020)

(Comisión Permanente de la HOAC)

La situación que estamos viviendo nos impide celebrar el Triduo Pascual con la normalidad de otros años, acudiendo a compartir la fe con nuestra comunidad parroquial. Hemos de vivirlo confinados en casa. Lo que sigue son algunas **propuestas y sugerencias** para poder vivirlo personalmente, en equipo, o en familia. En unas condiciones materiales distintas, pero con la misma intensidad, y con la conciencia de que celebramos los días centrales de nuestra fe. Y lo queremos celebrar *en el mundo obrero*, teniendo presente sus condiciones de vida y su sufrimiento, a la vez que sus esperanzas.

## JUEVES SANTO. Día del amor fraterno

**Puedes seguir en directo la Misa de la Cena del Señor** que, con seguridad se retransmitirá por diversas cadenas televisivas y de radio, o seguir, en directo también, la celebración con el Papa Francisco, a través de Vatican Media en la web de la Santa Sede.

Para ello, prepara también el ambiente, y prepárate tú: el lugar: extiende sobre la mesa o en un lugar destacado algún mantel o tela sobre el que colocar el libro con las lecturas de la Eucaristía o la Biblia, una vela, alguna flor si es posible, un crucifijo. Los símbolos son importantes, siempre. Coloca también sobre el mantel un pequeño plato con porciones de pan suficientes para quienes vais a compartir este momento, y una copa de vino.

Llegado el momento de la comunión te proponemos hacerlo de la siguiente manera: compartid el pan, bebed el vino Y, en ese momento haced la comunión espiritual, que consiste en orar con fe y con amor, expresando el deseo recibir a Nuestro Señor Jesucristo en el Sacramento de la Eucaristía y pidiendo recibirlo espiritualmente, de este modo:

### JUEVES SANTO. Día del amor fraterno

*A tus pies, Jesús mío, me postro y te ofrezco el arrepentimiento de mi corazón contrito que se abaja en su nada y en tu santa presencia. Te adoro en el Sacramento de tu amor, la inefable Eucaristía. Deseo recibirte en la pobre morada que te ofrece mi corazón. En espera de la felicidad de la comunión sacramental, quiero poseerte en espíritu. Ven a mí, Jesús mío, que yo voy a ti. Que tu amor inflame todo mi ser, en la vida y en la muerte. Creo en ti, espero en ti, te amo. Así sea*

(Pausa en silencio para un momento de adoración)

*Viviendo por el Espíritu Santo la comunión del Cuerpo Místico, te abrazamos y nos unimos totalmente a Ti. Señor, que jamás nos separemos de Ti. Amén.*

## Para hacer un momento de oración a lo largo del día

Busca un lugar tranquilo, hazte consciente de la presencia del Señor. Disponte con esta oración:

*Después de toda la preparación de la Cuaresma, hoy estamos aquí, Señor, como los apóstoles, dispuestos a acompañarte en este momento intenso, en esta cena de despedida. Nos dejas en el pan y el vino de la Eucaristía el signo y la presencia de tu entrega por nosotros. Abre nuestro corazón a tu amor. Ten misericordia de nosotros.*
*Tú, pan vivo bajado del cielo. SEÑOR, TEN PIEDAD.*
*Tú, alimento de vida eterna. CRISTO, TEN PIEDAD.*
*Tú, camino, verdad y vida. SEÑOR, TEN PIEDAD.*

**Escucha y canta:** Sigue habiendo tantos pies que lavar (Ixcis)

*Sigue habiendo tantos pies que lavar*
*sigue habiendo tanta oscuridad que iluminar*
*tantas cadenas que romper*
*pan y vino para el pobre quiero ser.*
*Sigue habiendo tantos pies que lavar*
*sigue habiendo tanta oscuridad que iluminar*
*tantas cadenas que romper*
*fortalece, Señor, mi poca fe.*

**Puedes leer y meditar alguna de las siguientes Lecturas:**

Éxodo 12, 1-8. 11-14
Salmo 115, 12-13. 15-16bc. 17-18.
1Corintios 11, 23-26
Evangelio según san Juan 13, 1-15

**Haz un momento de silencio. Presenta al Señor tu oración, tus necesidades e intenciones, tu ofrecimiento en este día.**

**Puedes expresar tu Acción de Gracias al Señor con esta oración:**

*Gracias, Señor, por invitarnos a acompañarte, en este día tan especial.*
*Gracias, Señor, por llamarnos tus amigos, por recordarnos que lo que importan son los hechos y no tanto las palabras.*
*Gracias, Señor, por ser Maestro con la autoridad que te otorgan quienes ven en ti el rostro del Padre a través de tu ejemplo.*
*Gracias, Señor, por recordarnos que no es más aquel a quien sirven, sino el que se convierte en servidor de los demás.*
*Gracias, Señor, por el regalo de la Eucaristía como memorial de aquella noche y como posibilidad real de seguir haciéndote presente entre nosotros.*
*Gracias, Señor, por descubrirnos a un DIOS-AMOR que revoluciona nuestra vida y nos ayuda a ser plenamente felices.*
*Gracias, Señor, por la ocasión de acompañarte estos días hasta llegar al momento cumbre de la resurrección y la Vida.*
*Gracias, Señor... (añade tu propia acción de gracias)*

**Escucha y canta:** Danos un solo corazón (Ixcis)

*Danos un solo corazón.*
*Que seamos uno en el amor.*
*Que dejemos atrás nuestros esquemas.*
*Que en el centro habites tú, Señor.*
*Que no haya entre nosotros*
*más división.*

**Puedes terminar con la Oración del Papa Francisco ante la emergencia del coronavirus:**

*Oh María,*
*Tú resplandeces siempre en nuestro camino como signo de salvación y esperanza.*
*Nosotros nos encomendamos a Ti, salud de los enfermos, que ante la Cruz fuiste asociada al dolor de Jesús manteniendo firme tu fe.*
*Tú sabes lo que necesitamos y estamos seguros de que proveerás para que, como en Caná de Galilea, pueda regresar la alegría y la fiesta después de este momento de prueba.*
*Ayúdanos, Madre del Divino Amor, a conformarnos a la voluntad del Padre y a hacer lo que nos dirá Jesús, que ha tomado sobre sí nuestros sufrimientos. Y ha tomado sobre sí nuestros dolores para llevarnos, a través de la Cruz, al gozo de la Resurrección. Amén.*

*Bajo tu protección, buscamos refugio, Santa Madre de Dios. No desprecies las súplicas de los que estamos en la prueba y líbranos de todo peligro, ¡oh Virgen gloriosa y bendita!*

**Y, una vez más, ofrece tu vida a Jesús**

*Señor, Jesús,*

*Danos la gracia de amarte con todo nuestro corazón, y con todas nuestras fuerzas.*
*María, Madre de los pobres, Ruega por nosotros.*

# VIERNES SANTO en la Pasión del Señor

Quizá la situación que llevamos viviendo desde hace días, con el confinamiento forzoso, con la enfermedad y muerte de personas cercanas y queridas, con el cese de la actividad económica que anticipa situaciones vitales muy difíciles para muchas personas trabajadoras, para muchas familias, con la incertidumbre que todo esto nos genera, con la soledad que experimentamos, con la distancia que pone entre nosotros, con... hace posible que podamos vivir la Pasión de Jesús con más intensidad. Quizá podamos sentir nosotros en carne propia su pasión, la pasión del mundo, la pasión de Dios.

Hoy –y mañana sábado– es un día en que se hace más denso el silencio de Dios. Un silencio que experimentó Jesús en su pasión, y de manera dramática en la Cruz. El silencio de Dios es estremecedor para los creyentes; para quienes ponemos la confianza de nuestra vida en Él.

El silencio que estos días nos pesa más. El que viven en soledad quienes están ingresados en los hospitales, en las UCI, sin poder recibir visitas, sin escuchar la voz cercana y cuidadora de sus seres queridos. El silencio de sus familias, sin recibir noticias continuadas sobre su estado.

El silencio más estremecedor es el silencio de la muerte. Ninguna reacción, ningún grito tan estremecedor ante el silencio de Dios como el de Jesús en la Cruz: *Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?* (Mt 27, 46)

Quizá hemos pasado por esa experiencia estos días. Hemos clamado al Señor, pidiendo que escuche nuestra voz, hemos sentido el silencio, como Jesús. Pero como él, solo si hemos reconocido al Dios oculto, podemos exigir su desvelamiento. El silencio de Dios se nos convierte en misterio cuando se conculcan valores como la vida, la verdad, la dignidad, la justicia; cuando se acumulan sufrimientos sobre personas y pueblos. Entonces nuestra fe es puesta a prueba. Y aparecen las preguntas: ¿Está Dios con nosotros? ¿Dónde está vuestro Dios?

Está ahí. Crucificado. *Verdaderamente este hombre era Hijo de Dios* (Mc 15, 39). Hace falta fe para ver a Dios en un Crucificado.

Quizá la única respuesta a ese silencio es una fe desnuda. Quizá ese silencio de Dios devuelve la pregunta a tantos responsables del sufrimiento de los inocentes. Quizá ese silencio de Dios no es ausencia, sino una forma provocativa de presencia. El silencio de Dios nos pide escuchar con más atención y profundidad los latidos de la historia humana. El sábado santo será puro silencio de Dios que invita a escuchar con atención y profundidad la historia del Crucificado.

Hoy te propongo:

Colocar en un lugar destacado una cruz. Seguro que la tienes en casa. Que tu mirada se cruce con la del Crucificado en algunos momentos.

En el silencio de este día, lee y medita en distintos momentos a lo largo del día las lecturas de la celebración de la Pasión del Señor.

Isaías 52,13 – 53,12
Hebreos 4, 14-16; 5, 7-9
Juan 18, 1 – 19, 42

Recorre con Jesús ese camino de la pasión, ese *vía crucis.* Ese camino de la Pasión que están recorriendo hoy los enfermos, las familias de los fallecidos, quienes ven agravada su situación de precariedad y pobreza, quienes sufrían y seguirán sufriendo las consecuencias de este sistema que mata, de esta economía que excluye y descarta, del individualismo insolidario que abandona a tantas y tantos a su suerte...

Fíjate en tantas cruces, en tantos y tantas crucificadas de este tiempo.

*Ora por todos ellos...*
*Ora por la Iglesia... por todo el Pueblo de Dios, por el papa Francisco, por nuestros obispos...*
*Ora por todos los creyentes, cristianos o no.*
*Ora por nuestras hermanas y hermanos que no creen.*
*Ora por los gobernantes que tienen la responsabilidad de responder a estas situaciones...*
*Ora por quienes sufren...*
*Ora por ti y por mí.*

Contempla ahora, en silencio, la Cruz. Adora la Cruz.

Mientras, de fondo, puede sonar el Stabat Mater, de Arvo Pärt.

Y termina, orando, con este «Coloquio en un paisaje de angustia».

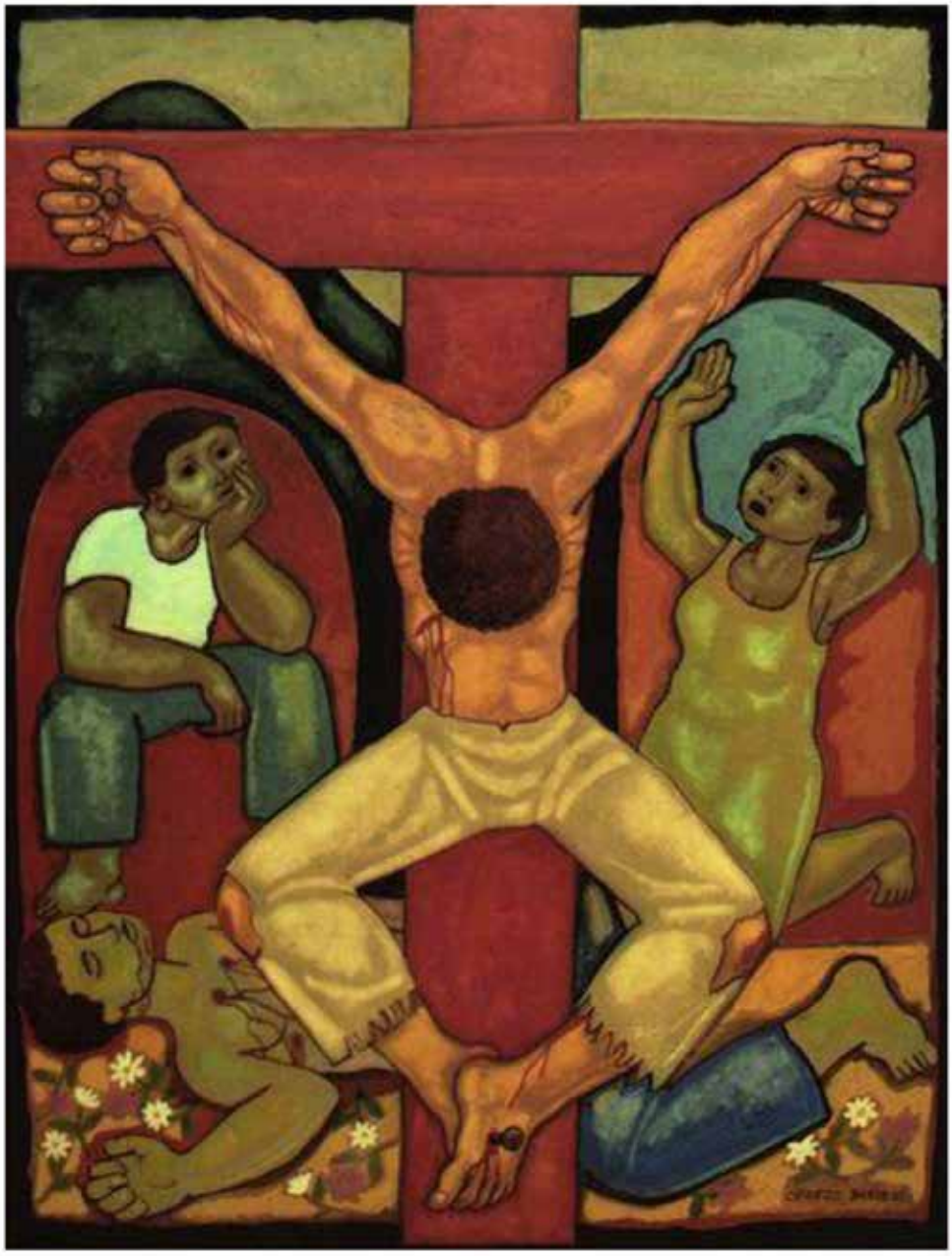
Dios Padre bueno, que te revelas a toda persona en medio de su angustia, que te manifiestas a los hombres y las mujeres en la debilidad de sus manos crucificadas, en la humildad luminosa de sus pesebres, en la dureza de sus herramientas, en el sudor de su esfuerzo, en el sinsentido de la muerte, en la cruz del dolor de cada día, en la agonía de la enfermedad, en las puertas cerradas de nuestros corazones cerrados.

Te damos gracias, Padre, porque nos acompañas, porque vienes también en mitad de las desgracias y las angustias del ser humano, porque eres el Dios sufriente y el Dios triunfante, Tú la sorpresa inesperada, el mensaje de salvación, la paradoja inquietante de que detrás de las desgracias hay un camino de luz y una paz posible que llega a nosotros desde lo alto, como en una nube, por encima de las ruinas del tiempo y de la historia.

Te damos gracias porque nos rescatas así de nuestra desesperanza y nos invitas a ser parte de lo imperecedero.

(Juan V. e Isa de la Gala)

Puedes seguir también la retransmisión del Vía Crucis con el papa Francisco.



## SÁBADO SANTO, durante el día

Mientras espero la Resurrección, en este día de silencio, puedo leer y meditar la homilía del papa Francisco durante el momento extraordinario de oración en tiempo de epidemia, del pasado 27 de marzo.

«Al atardecer» (Mc 4,35). Así comienza el Evangelio que hemos escuchado. Desde hace algunas semanas parece que todo se ha oscurecido. Densas tinieblas han cubierto nuestras plazas, calles y ciudades; se fueron adueñando de nuestras vidas llenando todo de un silencio que ensordece y un vacío desolador que paraliza todo a su paso: se palpita en el aire, se siente en los gestos, lo dicen las miradas. Nos encontramos asustados y perdidos. Al igual que a los discípulos del Evangelio, nos sorprendió una tormenta inesperada y furiosa. Nos dimos cuenta de que estábamos en la misma barca, todos frágiles y desorientados; pero, al mismo tiempo, importantes y necesarios, todos llamados a remar juntos, todos necesitados de confortarnos mutuamente. En esta barca, estamos todos. Como esos discípulos, que hablan con una única voz y con angustia dicen: «Perecemos» (cf. v. 38), también nosotros descubrimos que no podemos seguir cada uno por nuestra cuenta, sino sólo juntos.

Es fácil identificarnos con esta historia, lo difícil es entender la actitud de Jesús. Mientras los discípulos, lógicamente, estaban alarmados y desesperados, Él permanecía en popa, en la parte de la barca que primero se hunde. Y, ¿qué hace? A pesar del ajetreo y el bullicio, dormía tranquilo, confiado en el Padre –es la única vez en el Evangelio que Jesús aparece durmiendo–. Después de que lo despertaran y que calmara el viento y las aguas, se dirigió a los discípulos con un tono de reproche: «¿Por qué tenéis miedo? ¿Aún no tenéis fe?» (v. 40).

Tratemos de entenderlo. ¿En qué consiste la falta de fe de los discípulos que se contrapone a la confianza de Jesús? Ellos no habían dejado de creer en Él; de hecho, lo invocaron. Pero veamos cómo lo invocan: «Maestro, ¿no te importa que perezcamos?» (v. 38). No te importa: pensaron que Jesús se desinteresaba de ellos, que no les prestaba atención. Entre nosotros, en nuestras familias, lo que más duele es cuando escuchamos decir: «¿Es que no te importo?». Es una frase que lastima y desata tormentas en el corazón. También habrá sacudido a Jesús, porque a Él le importamos más que a nadie. De hecho, una vez invocado, salva a sus discípulos desconfiados.

La tempestad desenmascara nuestra vulnerabilidad y deja al descubierto esas falsas y superfluas seguridades con las que habíamos construido nuestras agendas, nuestros proyectos, rutinas y prioridades. Nos muestra cómo habíamos dejado dormido y abandonado lo que alimenta, sostiene y da fuerza a nuestra vida y a nuestra comunidad. La tempestad pone al descubierto todos los intentos de encajonar y olvidar lo que nutrió el alma de nuestros pueblos; todas esas tentativas de anestesiar con aparentes rutinas «salvadoras», incapaces de apelar a nuestras raíces y evocar la memoria de nuestros ancianos, privándonos así de la inmunidad necesaria para hacerle frente a la adversidad.

Con la tempestad, se cayó el maquillaje de esos estereotipos con los que disfrazábamos nuestros egos siempre pretenciosos de querer aparentar; y dejó al descubierto, una vez más, esa (bendita) pertenencia común de la que no podemos ni queremos evadirnos; esa pertenencia de hermanos.

«¿Por qué tenéis miedo? ¿Aún no tenéis fe?». Señor, esta tarde tu Palabra nos interpela se dirige a todos. En nuestro mundo, que Tú amas más que nosotros, hemos avanzado rápidamente, sintiéndonos fuertes y capaces de todo. Codiciosos de ganancias, nos hemos dejado absorber por lo material y trastornar por la prisa. No nos hemos detenido ante tus llamadas, no nos hemos despertado ante guerras e injusticias del mundo, no hemos escuchado el grito de los pobres y de nuestro planeta gravemente enfermo. Hemos continuado imperturbables, pensando en mantenernos siempre sanos en un mundo enfermo. Ahora, mientras estamos en mares agitados, te suplicamos: «Despierta, Señor».

«¿Por qué tenéis miedo? ¿Aún no tenéis fe?». Señor, nos diriges una llamada, una llamada a la fe. Que no es tanto creer que Tú existes, sino ir hacia ti y confiar en ti. En esta Cuaresma resuena tu llamada urgente: «Convertíos», «volved a mí de todo corazón» (Jl 2, 12). Nos llamas a tomar este tiempo de prueba como un momento de elección. No es el momento de tu juicio, sino de nuestro juicio: el tiempo para elegir entre lo que cuenta verdaderamente y lo que pasa, para separar lo que es necesario de lo que no lo es. Es el tiempo de restablecer el rumbo de la vida hacia ti, Señor, y hacia los demás. Y podemos mirar a tantos compañeros de viaje que son ejemplares, pues, ante el miedo, han reaccionado dando la propia vida. Es la fuerza operante del Espíritu derramada y plasmada en valientes y generosas entregas. Es la vida del Espíritu capaz de rescatar, valorar y mostrar cómo nuestras vidas están tejidas y sostenidas por personas comunes –corrientemente olvidadas– que no aparecen en portadas de diarios y de revistas, ni en las grandes pasarelas del último show pero, sin lugar a dudas, están escribiendo hoy los acontecimientos decisivos de nuestra historia: médicos, enfermeros y enfermeras, encargados de reponer los productos en los supermercados, limpiadoras, cuidadoras, transportistas, fuerzas de seguridad, voluntarios, sacerdotes, religiosas y tantos pero tantos otros que comprendieron que nadie se salva solo. Frente al sufrimiento, donde se mide el verdadero desarrollo de nuestros pueblos, descubrimos y experimentamos la oración sacerdotal de Jesús: «Que todos sean uno» (Jn 17, 21). Cuánta gente cada día demuestra paciencia e infunde esperanza, cuidándose de no sembrar pánico sino corresponsabilidad. Cuántos padres, madres, abuelos y abuelas, docentes muestran a nuestros niños, con gestos pequeños y cotidianos, cómo enfrentar y transitar una crisis readaptando rutinas, levantando miradas e impulsando la oración. Cuántas personas rezan, ofrecen e interceden por el bien de todos. La oración y el servicio silencioso son nuestras armas vencedoras.

«¿Por qué tenéis miedo? ¿Aún no tenéis fe?». El comienzo de la fe es saber que necesitamos la salvación. No somos autosuficientes; solos nos hundimos. Necesitamos al Señor como los antiguos marineros las estrellas. Invitemos a Jesús a la barca de nuestra vida. Entreguémosle nuestros temores, para que los venza. Al igual que los discípulos, experimentaremos que, con Él a bordo, no se naufraga. Porque esta es la fuerza de Dios: convertir en algo bueno todo lo que nos sucede, incluso lo malo. Él trae serenidad en nuestras tormentas, porque con Dios la vida nunca muere.

El Señor nos interpela y, en medio de nuestra tormenta, nos invita a despertar y a activar esa solidaridad y esperanza capaz de dar solidez, contención y sentido a estas horas donde todo parece naufragar. El Señor se despierta para despertar y avivar nuestra fe pascual. Tenemos un ancla: en su Cruz hemos sido salvados. Tenemos un timón: en su Cruz hemos sido rescatados. Tenemos una esperanza: en su Cruz hemos sido sanados y abrazados para que nadie ni nada nos separe de su amor redentor. En medio del aislamiento donde estamos sufriendo la falta de los afectos y de los encuentros, experimentando la carencia de tantas cosas, escuchemos una vez más el anuncio que nos salva: ha resucitado y vive a nuestro lado. El Señor nos interpela desde su Cruz a reencontrar la vida que nos espera, a mirar a aquellos que nos reclaman, a potenciar, reconocer e incentivar la gracia que nos habita. No apaguemos la llama humeante (cf. Is 42, 3), que nunca enferma, y dejemos que reavive la esperanza.

Abrazar su Cruz es animarse a abrazar todas las contrariedades del tiempo presente, abandonando por un instante nuestro afán de omnipotencia y posesión para darle espacio a la creatividad que sólo el Espíritu es capaz de suscitar. Es animarse a motivar espacios donde todos puedan sentirse convocados y permitir nuevas formas de hospitalidad, de fraternidad y de solidaridad. En su Cruz hemos sido salvados para hospedar la esperanza y dejar que sea ella quien fortalezca y sostenga todas las medidas y caminos posibles que nos ayuden a cuidarnos y a cuidar. Abrazar al Señor para abrazar la esperanza. Esta es la fuerza de la fe, que libera del miedo y da esperanza.

«¿Por qué tenéis miedo? ¿Aún no tenéis fe?». Queridos hermanos y hermanas: Desde este lugar, que narra la fe pétrea de Pedro, esta tarde me gustaría confiarlos a todos al Señor, a través de la in-

tercesión de la Virgen, salud de su pueblo, estrella del mar tempestuoso. Desde esta columnata que abraza a Roma y al mundo, descienda sobre vosotros, como un abrazo consolador, la bendición de Dios. Señor, bendice al mundo, da salud a los cuerpos y consuela los corazones. Nos pides que no sintamos temor. Pero nuestra fe es débil y tenemos miedo. Mas tú, Señor, no nos abandones a merced de la tormenta. Repites de nuevo: «No tengáis miedo» (Mt 28,5). Y nosotros, junto con Pedro, «descargamos en ti todo nuestro agobio, porque Tú nos cuidas» (cf. 1 P 5, 7).

Y ofrecer este día al Señor, unido a tus hermanas y hermanos del mundo obrero:

*Señor, Jesús, te ofrecemos todo el día...*

## SÁBADO SANTO, al atardecer, Vigilia pascual de la Resurrección del Señor

Te propongo celebrar este tiempo largo de oración, esta Vigilia. No la celebres en pijama. La Pascua es paso del Señor que nos urge, que nos pone en pie, que nos dispone a salir. Que se note. Que la esperanza nos mantenga alegres. Que se note la alegría. Incluso puedes preparar esta noche la mesa de la cena con la familia de modo especial. También es nochebuena. Y si estás solo o sola, también. Que haya luz. Que se note la espera. ¡Este es el Día del Señor, sea la causa de nuestra alegría!

Es la Pascua, el paso del Señor Resucitado, vencedor de la muerte, por nuestra vida. Es la noche de nuestra Esperanza cierta.

Dispón el lugar en que vas a celebrar esta vigilia de oración, dispón las lecturas, y una vela –preferiblemente nueva- un cirio que simbolice la nueva luz de Cristo Resucitado y un crucifijo que presida la escena. Dispón como el jueves, pan y vino para el momento de la comunión espiritual. Coloca también fotografías de la familia que no está presente, de tus difuntos, de tu equipo, de militantes de tu diócesis, de tu comunidad parroquial… de tus santos de la puerta de al lado… Esta vigilia la hacemos en comunidad.

## Celebración

Comienza en silencio, haciéndote consciente de lo que celebras. En el nombre, del Padre, del Hijo, y del Espíritu Santo. La paz de Dios me acompaña.

### *Liturgia de la luz*

En esta primera parte de la vigilia, bendecimos el fuego nuevo y encendemos el cirio, –símbolo de Cristo muerto y resucitado– como el principio y el fin, como el Señor que muriendo y resucitando traspasa la historia temporal. Enciende la vela mientras dices esta oración:

Oh Dios, que por medio de tu Hijo has dado a los fieles la claridad de tu luz, santifica ✠ este fuego nuevo y concédenos que la celebración de estas fiestas de Pascua encienda en nosotros deseos tan santos que podamos llegar con corazón limpio a las fiestas de la eterna luz. Por Jesucristo, nuestro Señor. Amén.

*¡Señor, tú eres nuestra Luz;*
*Señor, tú eres la Verdad;*
*Señor, tú eres nuestra Paz!*

## *A modo de pregón pascual*

*RESUCITÓ primero en el corazón de los que lo habían amado vivo, para mostrarnos que el amor es eterno.*

*Resucitó dejando el sepulcro vacío, para mostrarnos que el amor puro no conoce corrupción.*

*Resucitó sin necesidad de que embalsamaran su cuerpo, porque, su cuerpo de crucificado, era el bálsamo de todas las vidas muertas en la defensa de la verdad y la justicia.*

*Resucitó como hortelano en el jardín de la Nueva Creación, cultivador de frutos que sacian los anhelos más vivos del corazón humano.*

*Resucitó llamando a María de Magdala por su nombre, como quien, desde el más allá, continúa cultivando la amistad que no conocerá término.*

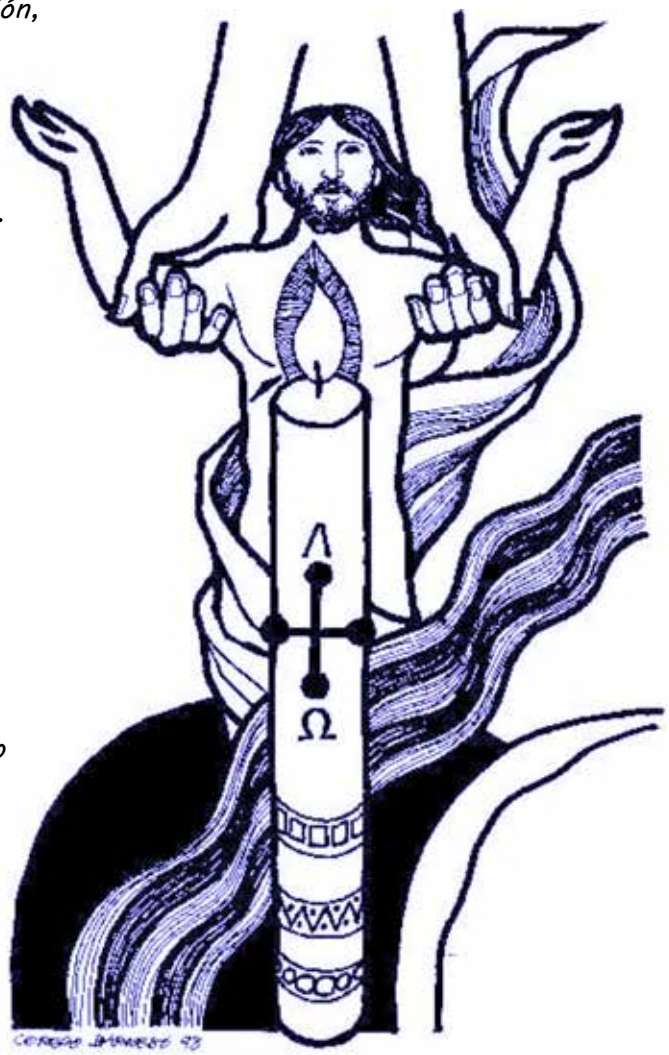
*Resucitó como pescador junto al lago, compañero en las faenas que llevan fruto abundante.*

*Resucitó como caminante que nos acompaña en las noches oscuras de la vida, ayudándonos a leer la realidad desde el amor que acoge y comparte.*

*Resucitó como comensal en la mesa fraterna; haciendo de la mesa compartida anticipo y camino del Banquete del Reino, en que los pobres ocupan los primeros puestos.*

*Resucitó deseando paz a vosotros; porque sólo venciendo el miedo a la muerte, experimentaremos la Resurrección en cada una de nuestras entregas de amor.*

*Resucitó como el que ofrece las llagas de sus pies, manos y costado, para que gustemos en ellas el amor de la verdadera amistad.*




*Resucitó diciendo soy yo, afirmando que la entrega de su vida, le constituía piedra angular de la acción liberadora de Dios con nosotros.*

*Resucitó diciendo ¡no temáis!, la muerte es requisito imprescindible para todo el que ama la vida como don y tarea.*

*Resucitó para precedernos en la Galilea permanente de la lucha por un mundo en que, la Dignidad Humana, sea el objeto único de todas las leyes y sistemas. Amén.*

*(A López Baeza)*

## Liturgia de la Palabra

**Se pueden leer –proclamar– las siguientes lecturas:**

**Lectura del libro del GÉNESIS 1, 1–2, 2**

**Salmo responsorial 103, 1-2a. 5-6. 10 .12-14. 24. 35c**

**R/. Envía tu espíritu, Señor y repuebla la faz de la tierra.**

Bendice, alma mía, al Señor:
¡Dios mío, qué grande eres!
Te vistes de belleza y majestad,
la luz te envuelve como un manto.

Asentaste la tierra sobre sus cimientos,
y no vacilará jamás;
la cubriste con el manto del océano,
y las aguas se posaron sobre las montañas.

De los manantiales sacas los ríos,
para que fluyan entre los montes;
junto a ellos habitan las aves del cielo,
y entre las frondas se oye su canto.

Desde tu morada riegas los montes,
y la tierra se sacia de tu acción fecunda;
haces brotar hierba para los ganados,
y forraje para los que sirven al hombre.

Él saca pan de los campos.
Cuántas son tus obras, Señor,
y todas las hiciste con sabiduría;
la tierra está llena de tus criaturas.

¡Bendice, alma mía, al Señor!

**Lectura del libro del ÉXODO 14, 15–15, 1a**

**Salmo responsorial Éxodo 15, 1b-6. 17-18**

**R/. Cantaré al Señor, gloriosa es su victoria.**

Cantaré al Señor, gloriosa es su victoria,
caballos y carros ha arrojado en el mar.
Mi fuerza y mi poder es el Señor,
Él fue mi salvación.

Él es mi Dios: yo lo alabaré;
el Dios de mis padres: yo lo ensalzaré.

El Señor es un guerrero,
su nombre es «El Señor».

Los carros del faraón los lanzó al mar,
ahogó en el mar Rojo a sus mejores capitanes.
Las olas los cubrieron,
bajaron hasta el fondo como piedras.

Tu diestra, Señor, es magnífica en poder,
tu diestra, Señor, tritura al enemigo.
Lo introduces y lo plantas en el monte de tu heredad,
lugar del que hiciste tu trono, Señor;
santuario, Señor, que fundaron tus manos.

El Señor reina por siempre jamás.

## Lectura del libro de EZEQUIEL 36, 16-17a. 18-28

**Salmo responsorial 41, 3.5cdef; 42, 3-4**

**R/. Como busca la cierva corrientes de agua, así mi alma te busca a ti, Dios mío.**

Mi alma tiene sed de Dios, del Dios vivo:
¿cuándo entraré a ver el rostro de Dios?
Cómo entraba en el recinto santo,
cómo avanzaba hacia la casa de Dios,
entre cantos de júbilo y alabanza,
en el bullicio de la fiesta.

Envía tu luz y tu verdad:
que ellas me guíen
y me conduzcan hasta tu monte santo,
hasta tu morada.
Me acercaré al altar de Dios,
al Dios de mi alegría;
y te daré gracias al son de la cítara,
Dios, Dios mío.

## Lectura de la carta del apóstol san Pablo a los ROMANOS 6, 3-11

**Salmo responsorial 117, 1-2. 16-17. 22-23**

**R/. Aleluya, aleluya, aleluya.**

Dad gracias al Señor porque es bueno,
porque es eterna su misericordia.
Diga la casa de Israel:
eterna es su misericordia.

«La diestra del Señor es poderosa,
la diestra del Señor es excelsa».
No he de morir, viviré
para contar las hazañas del Señor.

La piedra que desecharon los arquitectos
es ahora la piedra angular.
Es el Señor quien lo ha hecho,
ha sido un milagro patente.

**Lectura del santo evangelio según san LUCAS 24, 1-12**

**Al terminar** la liturgia de la Palabra guarda un tiempo breve de **silencio**. Medita en esa historia ininterrumpida del empeño amoroso y salvador de Dios. Esta noche Dios vuelve a salir a nuestro encuentro para mostrarnos y ofrecernos el triunfo de la Vida.

**Presento en mi oración** al Señor a la Iglesia universal, a mi diócesis, a mi parroquia, a toda la HOAC, a mi equipo, a mi familia, a mis amigos, a mis compañeras y compañeros de trabajo, a quienes sufren, a las víctimas de este sistema, a nuestros difuntos...

## *Liturgia del Bautismo*

Esta noche de la resurrección del Señor es la noche en la que los cristianos renovamos el bautismo que nos hizo hijos e hijas de Dios, incorporados a la vida nueva de Jesús resucitado por la fuerza de su Espíritu.

Expresamos ese deseo y ese compromiso renovado de incorporarnos a la vida de Jesús.

## *Renuncias y promesas*

Renuncio al pecado que nos lleva a excluir, a discriminar y que nos aleja de la libertad profunda a la que estamos llamados.
Renuncio a todas las seducciones del mal que me alejan del prójimo, de Dios y de una vida plena.
Renuncio a la lógica del egoísmo, que sigue crucificando hoy a los pueblos y a las gentes.
Creo en Dios Bueno, Padre y Madre, creador del cielo y de la tierra.
Creo en Jesucristo su único hijo, nuestro Señor, que nació de santa María Virgen, murió, fue sepultado, resucitó de entre los muertos y está sentado a la derecha del Padre.
Creo en el Espíritu Santo, fuerza de Dios con nosotros, que ilumina a su Iglesia y nos llevará, con todos los santos, más allá del tiempo, hasta la vida eterna.

## *Comunión espiritual*

Unidos con toda la Iglesia, oramos como Jesús nos enseñó: Padre Nuestro...

*A tus pies, Jesús mío, me postro y te ofrezco el arrepentimiento de mi corazón contrito que se abaja en su nada y en tu santa presencia· Te adoro en el Sacramento de tu amor, la inefable Eucaristía· Deseo recibirte en la pobre morada que te ofrece mi corazón· En espera de la felicidad de la comunión sacramental, quiero poseerte en espíritu· Ven a mí, Jesús mío, que yo voy a ti· Que tu amor inflame todo mi ser, en la vida y en la muerte· Creo en ti, espero en ti, te amo· Así sea*

(Pausa en silencio para un momento de adoración)

*Viviendo por el Espíritu Santo la comunión del Cuerpo Místico, te abrazamos y nos unimos totalmente a Ti· Señor, que jamás nos separemos de Ti· Amén·*

## PARA CONCLUIR

### *Coloquio de resurrección*

*Se quedaron sin habla... pero llevadas de su amor se abrazaron a tus pies·*
*¡Todo tan sencillo, tan entrañable!*
*Señor, quisiera encontrarte entre los crucificados*
*y los sepulcros que hemos excavado*
*entre todos para ellos·*
*No sé si estoy suficientemente cerca*
*de tanto dolor y de tanto fracaso·*
*Me da miedo acercarme demasiado a ellos*
*y por eso envidio a aquellas mujeres*
*que supieron estar cerca de tu cruz·*
*Sé que por eso fueron las primeras*
*en recibir el don de tu alegría y el don de tu paz·*
*Quisiera escuchar también esas palabras de tus labios:*
*«alégrate, no tengas miedo»...*
*si dejas que trabaje en ti mi Espíritu,*
*recibirás el don de compartir la cruz*
*con los crucificados de este mundo,*
*y esa alegría nada ni nadie te la podrá arrebatar:*
*tú serás portador de paz, de alegría, de compasión,*
*y la gente sabrá que yo, el Señor, soy el Viviente*
*que da vida y transforma la muerte*
*y los sepulcros en nueva vida·*
*Señor, dame tu paz*
*y hazme portador de tu consuelo*
*para que pueda contagiar*
*la alegría de tu Resurrección·*

*(Pep Baquer, SJ)*